



Suena la esquila del convento. Tañido nervioso. Agudo. Oración. A la caída de la tarde...

LA PRIMAVERA QUE BROTO DEL SUELO

(A Clayton)

Por David M.^o TELLECHEA

El niño sonríe a la primavera que brota del suelo.
Flores...

El verdor exhala fragancias conocidas. Musgo,
tierra húmeda y árboles... Vacas...

Allá, la hierba desciende hacia la vía del tren. Trueno
de engranajes al salir del túnel. Balanceo que se pierde
tras una loma...

¡El castillo! Suena el corazón. Y golpea. La puerta.
Ruido de silencios. Misterio...

Corre. Las margaritas se quejan. Y su sombra las
acaricia, en un adiós...

El año pasado cayeron muchos pinos. Todos. Se
los llevaron en camiones. A trozos. Muertos... :

Aún quedan vestigios. Tocones a ras de suelo. Y no
hay sombras alrededor. Sólo hierba, flores. Quietud.
En la tarde de primavera.

El sol calienta. Y el arroyo fresco nace. Vive a lo
largo del surco. Y desaparece por la ladera. Siempre...

La carretera, cinta gris y silenciosa. Construida hace
pocos años. Antes, camino de piedras y barro.

Caseríos a su vera. Metas, perro y gallinas. Olor...
Ladridos... Cacareo...

Suena la esquila del convento. Tañido nervioso.
Agudo. Oración. A la caída de la tarde...

Y luego, el sol se pone rojo. Y se va. Por el horizonte.
Avergonzado...

Suben los bueyes. A la altura del depósito de agua. El carro cargado de helechos, chirría. Acompasadamente. «Agur»... Y la boina se pierde tras un recodo. Tras ella, el vaivén de la yunta Y el chirrido. «Agur»...

El niño mira. Observa la naturaleza. Canta el grillo. Y el río, allá abajo, se despide en un susurro. La presa chispea. Y la torre de la iglesia emerge sobre los tejados granates. Su reloj... Suenan... Y el eco de sus campanadas, penetra... En el alma del niño... Que mira, observa. La naturaleza...

En el cementerio. Los cipreses recitan. Poemas de viento eterno. Sudor de ánimas... Avemarias al pasar. Y agua bendita en la vieja piedra...

Se huele a sidra en la calle. Un reguero moja los adoquines. Y los bueyes mugen impacientes. Herraduras contra la piedra. Y las latas, rubias y espumosas. De mano en mano... Y luego, tornan vacías...

El niño y la noche... Y la naturaleza... El silencio... El recuerdo... Y el olvido...



La primavera ya no brota del suelo. Ni el niño sonríe. Tampoco el hombre. No hay flores, ni verdor.

¡El castillo! ¿Dónde está?...

Sólo el cemento. Y el sol caliente. Sin brisas de juventud. Y el arroyo, bajo la calle. No murmura. Es sordo su discurrir. Oscuro. Profundo...

Tan sólo casas. Hormigas sobre el asfalto. Y monotonía. Color gris. Sin balanceos, ni susurros.

Se oyen radios. Y música de ruidos.

¿Y la loma llena de flores? ¿Y el grillo que carraspeaba siempre?

Ya no existen... Sólo el recuerdo. Y las antenas de televisión...

La carretera, llena de baches. Ruido. Movimiento. Ruido. Trasego. Ruido. Inquietud. Ruido siempre...

Y la esquila, gira. Aún debe sonar. Se nota su balanceo. Y su sombra, en la espadaña. Sobre la piedra, muda, que vio también, alguna vez, la primavera. Brotar del suelo...

A los lejos, el sol. Se va. Sin horizonte. Solamente casas que, al fin, lo tapan.

Huele. A gasolina. No hay bueyes en la cuesta, frente al depósito. Ni carretas. Ni un «agur», ronco, breve, en la tarde...

Y en el cementerio. Los cipreses mudos. Y la piedra hueca, rota. Seca. Avemarias al recuerdo.

Luego, la calle. Y más ruido. Y más coches. Por todos los sitios. Y el reloj. Con otra voz. Más potente. Canta fuerte, las horas.

No hay bueyes... Ni sidra... Ni piedra... Sólo cemento. En el suelo. Y en el alma del hombre. Que fue niño. Y vio la primavera brotar del suelo. Hace muchos años...

Huesca, junio 1973.